



EL EMPERADOR CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE.

(CUADRO DE G. BERGMANN.)

G. Bergmann ha tomado por asunto de su cuadro la vida silenciosa á la que se habia entregado Carlos V en el monasterio de Yuste. Sabido es que una anécdota refiere que el emperador, viendo frustrado su empeño dirigido á que cierto número de relojes anduviese con la mas cabal precision y puntualidad, exclamó: «¡Tanto me esforcé en sujetar á los hombres á una marcha uniforme, y hé aquí que ni aun me es dado fijar la de dos relojes!» Esta idea parece preocupar al soberano, sentado en su humilde aposento, asunto que el artista ha interpretado admirablemente con su excelente pincel. Hallaba Carlos V en traje negro y actitud de un hombre de ánimo abatido, sentado en un sillón de color de violeta, dejando caer la mano izquierda, mientras que en la derecha tiene una caja de reloj. La mirada que lanza de su rostro de perfecto parecido es vaga, espresando á la vez la secreta melancolia que alimentaba en su pecho. Sobre su derecha hay una chimenea, que deposita el reflejo de su luz sobre la parte inferior del cuerpo, y en último término vése la alcoba del emperador, cuya ventanita da á la iglesia. El anacronismo que envuelven los relojes que descuellan en retaguardia, consideramos completamente justificado, si tenemos en cuenta que las obras, aun de los mas aventajados maestros, adolecen de este defecto, si cabe, en grado todavia mas chocante. Con lo que en verdad no hemos podido familiarizarnos es con la eleccion del asunto que tan honda turbacion despierta en cualquiera que lo contemple. El rey de Hannover ha re-

compensado el talento y laboriosidad del pintor, comprando á un precio muy subido el cuadro, en ocasion de hallarse espuesto en su residencia.

EL ISTMO DE SUEZ.

Artículo dedicado á mi amigo D. Pablo Ortiga Rey.

En el número 16 del SEMANARIO PINTORESCO del presente año, en un artículo titulado *El istmo de Suez y el de Panamá*, nos ocupamos principalmente del ferro-carril construido en este último punto: hoy nos proponemos hacer algunas observaciones relativamente al canal que se ha proyectado abrir á través del istmo de Suez, y cuyos trabajos segun noticias se han inaugurado ya á estas horas.

La tierra baja que comprende el istmo de Suez se estiende hácia el Oriente hasta la falda de las alturas en que se hallan colocadas Jerusalem y Nazareth, y hácia el Occidente, si esceptuamos algunos montecitos, puede decirse que se estiende al través del bajo Egipto hasta dentro del desierto de Sahara: aunque la naturaleza del terreno sea poco variada, la de sus productos y vegetacion lo es mucho. Primeramente la Palestina la constituye una rica llanura donde brotan en abundancia los olivos, los naranjos, las palmeras, y las higueras

27 DE MAYO DE 1855.

de Berberia, etc. hasta Gaza, y aun hasta Caniounis. A partir de este punto, el terreno comienza á presentar montañuelas y areniscos hasta cerca de El-Ariche: allí el pais viene á ser una mezcla de colinas y llanuras, entre cortadas de dunas que producen una escasa vegetacion. El camino desaparece á menudo bajo las arenas movedizas. Desde El-Ariche, que forma limite entre Asia y Africa, hasta el Delta ya no se vuelve á encontrar terreno cultivable; en todas direcciones no se distinguen mas que areniscos y malezas. Si se recorre ese desierto, á largos intervalos se encuentran pantanos que parecen estar mas bajos que el nivel del mar; el agua llega allí por infiltracion, evapórase bajo la accion ardiente del sol, dejando cubierto el suelo de cortezas salitrosas, que reflejan los rayos del sol á lo lejos. Otros pantanos hay de arenas menos húmedas en cuyo fondo crecen palmeras, las que solo se distinguen cuando se llega al borde mismo de dichos pantanos. Acercándose uno al lago Ballah, que no es otra cosa, por decirlo así, que un hundimiento causado por el mar Mediterráneo que se extiende hasta una tercera parte de la anchura del istmo enfrente de Suez, los montecillos de arena aparecen muy variados: tan lleno de accidentes está el camino, que se hace preciso á veces dar grandes rodeos á fin de hallar senderos por donde puedan transitar los camellos en que se acostumbra viajar por allí. Entre el lago de Ballah y Suez, en la travesía mas corta del istmo, encuéntrase una humillacion ó depresion del terreno entre cortado de pantanos y areniscos cubiertos con capas de salitre como las anteriormente indicadas: dichos pantanos, asaz abundantes en aquel punto, son conocidos con el nombre de Lagunas Amargas: en esta depresion es en donde intentan abrir el canal de comunicacion entre ambos mares, viniendo á terminar en el puerto de Suez: como la poca profundidad de las aguas de dicho puerto no permite fondear en él los buques de alto bordo, será preciso practicar el canal ahondándolo hasta dentro de la misma rada en que han de anclar los barcos. Si se prosigue por el lado del Delta, entonces los areniscos desaparecen gradualmente para dejar lugar al mas fértil llano del mundo.

Varias nivelaciones se han efectuado con objeto de la abertura del istmo de Suez. La primera, que fué practicada por los ingenieros agregados á la expedicion de Egipto, da por resultado en el Mediterráneo una profundidad de 10 metros mas baja que el mar Rojo. La nivelacion mas recientemente verificada por los ingenieros franceses encargados de las obras públicas en Egipto, bajo la direccion de M. Linant-bey, da por resultado una diferencia muy pequeña, ó demuestra mas bien el nivel de esos dos mares. En vista de esta contradiccion, es natural buscar el modo de averiguar de parte de quién está el error. Segun el informe publicado sobre este asunto por el ingeniero Le Pére, en su descripcion del Egipto, el declive de la inundacion entre el Cairo y el Mediterráneo es de 40 pies. Suponiendo regular dicha pendiente, la altura de la inundacion en el lugar donde se introduce por el antiguo canal á Abbaceh, estaria 20 pies mas bajo que en el Cairo, estando dicho punto aproximadamente á una distancia intermedia del Mediterráneo ó del lago Menzaleh que guarda casi el mismo nivel; pero la inclinacion del terreno entre el Cairo y Abbaceh no es solo de 20 pies, sino de 23, mientras que lo es tan solo de cuatro en la embocadura del mar: en efecto, esa mas rápida pendiente en la parte superior del Delta está puesta en razon, porque el agua, así como el suelo que ha formado al salir del estrecho valle del Nilo, debe precipitarse con mayor rapidez á medida que se ensanche mas su desembocadura perdiendo súbitamente su accion los canales.

En la relacion de que llevamos hecha mencion, el nivel de la baja mar en Suez resulta ser de 14 piés, 7^o inferior á la inundacion en el Cairo; luego sería de 6 á 8 grados superior á esa misma inundacion á la entrada del canal en Abbaceh. No obstante, veamos siempre con presencia del informe en cuestion lo que ha demostrado el resultado de la inundacion. «El dique de Ras-El-Ouad, que formaba la entrada del canal, habiendo sido roto, llegó el agua rápidamente hasta Santon Cheykh Yemady (ó Elnédi), que dista solo sobre doce leguas del fondo del golfo Arábigo.» «Sin embargo, segun la nivelacion, dicho punto sería tan elevado como la alta mar en Suez, es decir, muy superior á la inundacion en el sitio por donde penetra en las lagunas Amargas, y como quiera que debía de elevarse mas todavia quedamos persuadidos que deberán de haber alcanzado el recinto mismo de las lagunas.»

Hé aqui otra observacion que acusa tambien una pendiente hácia Suez. «Es muy probable que la afluencia periódica de las crecidas del Nilo en el seno de las lagunas Amargas por el Ouady ha debido formar y entretener una corriente en direccion del canal, y esta plausible asercion esplica las pequeñas inflexiones, para las que no se hallan por otra parte razones suficientes, atendido el estado geológico del terreno.»

Ahora bien: si la esperiencia señala sobre toda la longitud una corriente poseyendo á veces estremada velocidad, resultado de una declinacion considerable desde la embocadura del Ouady hácia Suez, es evidente, teniendo en cuenta la altura de la inundacion sobre el pri-

mer punto, que no puede haber una pendiente contraria de 20 piés entre esos dos puntos, como indica la nivelacion. Por otra parte, parece muy plausible que el desarrollo de ese declive desde la entrada del Ouady hácia Suez, con corrientes rapidísimas, deben conducir las aguas á un punto tan bajo por lo menos como hácia el Mediterráneo, donde el desarrollo es menos largo, y no tiene sino la pendiente suave de un gran rio como el Nilo.

Por lo que llevamos manifestado se deduce que el error aparece existir en el primer nivelamiento, error fácil de concebirse en las circunstancias difíciles que acompañaron dicho trabajo.

Para realizar la abertura del istmo siguiendo las lagunas Amargas, Timsah y Ballah, terminando en el Mediterráneo en vez del Nilo, cerca de Bobaste, como el antiguo canal, casi no tendrian sino un canal que practicar.

En la travesía de las lagunas Amargas se trataria únicamente de colocar las aguas de un modo permanente.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los hechos históricos que hacen referencia al antiguo canal. Se atribuye la ejecucion de dicho canal á Tótis ó á Necos. Strabon cree que fué construido por Sesostris ó Sessac segun la Escritura; pero M. Huel, obispo de Avranches, opina con mayor fundamento que este último no hizo sino componerle ahondándole mas. Otros atribuyen dicha obra á su hijo ó nieto (probablemente todos tengan razon, porque dicho canal debe de haber necesitado frecuentes reparaciones). Segun otra tradicion árabe, ese canal aparece remontarse á los tiempos de Abraham. Sea de ello lo que fuere, por ahíes por donde debió de pasar la flota de Salomon para dirigirse desde el mar Rojo al Mediterráneo, así como Menelao despues de la destruccion de Troya para ir á Ethiopia. Sin embargo, encontrándose interceptado nuevamente, Cleópatra se vió obligada á grandes espensas á mandar construir máquinas que trasportasen su flota por tierra. Mas adelante el emperador Trajano hizo tambien reparar ese canal, y le puso su nombre como anteriormente á él lo habia hecho Ptolomeo. El califa Omar hácia la última época del reinado de Heráclio dió el encargo á Amrou, hijo de Asius, de volver á abrir el canal obstruido por los areniscos. El califa Hake y otros despues lo hicieron asimismo componer.

Si se fija la consideracion en esas intermitencias de navegacion en los tiempos mas remotos, así como en las sucesivas reparaciones mencionadas, mirándolas como hechos importantes, y si se reflexiona en fin en el total abandono de dicho canal; si por otra parte nos atenemos á la naturaleza arenosa del desierto del istmo de Suez, á sus montes de arena movediza á merced de los impetuosos vientos, cuyo poder está perfectamente justificado por la posicion que ocupa el istmo entre mares, desiertos abrasadores y terrenos alternativamente ardientes y húmedos; por último, si se repará en que las aguas del antiguo canal poseian en todo una favorable corriente en la desembocadura, que no tendria el canal de ambos mares, ¿no parece evidente que la principal dificultad que se opondrá á la abertura del istmo de Suez, no ha de provenir de la diferencia del nivel de los mares, cuya libre comunicacion habrá podido hacer temer la sumersion de los puertos del Mediterráneo, pero si mas bien la dificultad del entretenimiento de dicho canal en medio de semejante país, en que segun varios geólogos los vientos impetuosos del Este por sí solos parecen haber formado el mismo istmo acumulando las arenas de la Arabia en el brazo de mar preexistente?

A pesar de todo lo espuesto, hay que advertir que, en ciertos puntos como en las lagunas Amargas, esas capas de arena no se producen sino muy paulatinamente, y que con los poderosos auxilios con que cuenta la ciencia hoy dia las dificultades podrán allanarse mucho mas fácilmente que en los tiempos pasados de la antigüedad.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 9 de mayo de 1855.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lirico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO QUINTO.

Vamos analizando en la série de artículos que bajo el epigrafe que los encabeza nos hemos propuesto escribir, los sentimientos é ideas que forman el fondo de la literatura de los provenzales. En su dia examinaremos cumplidamente la forma. Mas al hablar de estos sentimientos en una manifestacion especial y determinada, nos ha sido preciso para establecer la ilacion necesaria, extender el círculo de nuestras investigaciones, y pasar de lo particular á lo general, de la práctica á la teoria, del hecho á la idea que lo motiva. De aquí el haber

abierto el último artículo con la teoría general de las dos clases de literaturas que reconocemos todos; la literatura vulgar y la literatura erudita; ó de otro modo, la romántica y la clásica. Dejamos consignado en este artículo que en el arte provenzal se encuentran esas dos clases de manifestaciones en que se funda la división que hacemos de las literaturas, porque es un arte completo en sus condiciones de existencia, é indicamos que la manifestación erudita no debe á nadie el conjunto de ideas que la constituyen, sino que nace de sí misma, tiene propia existencia por esa multitud de causas que concurren en la formación de toda literatura. Causas que no es del momento enumerar una á una, que iremos esponiendo en el curso de este estudio, y algunas de las cuales, como las físicas, de clima y topografía, hemos apuntado ya. Nosotros hemos dicho: la manifestación erudita de la literatura provenzal, en los trovadores, no participa en nada de la manifestación erudita de la literatura arábiga: nada ha tomado aquella de esta: solo ha tenido la última vaga y lejana noticia de la existencia de la primera: ambas se parecen, como se parecen unas á otras todas las literaturas, como un hombre se parece á otro, por ciertos rasgos generales que están en la naturaleza humana de ambos: de eso á su identidad hay larguísima distancia. ¿Es esto cierto? Tal nos parece. Veámoslo. Los que asientan que la literatura arábiga-española es madre de la literatura provenzal, fundándose para ello en la sucesión del tiempo, en que la una nace antes que la otra, y que esta hereda como es natural de aquella, como dicen que heredó la romana de la griega, suponen que camina el espíritu humano como las cabras de Sancho, unas tras otras. Admitido esto, se ofrece desde luego á los críticos literarios la ocasión de remontarse hasta el Paraíso terrenal para indagar el origen de cualquiera literatura. Razon á la verdad peregrina para explicar los orígenes de las cosas.

En España, antes que la literatura española, existe en el orden cronológico la literatura hispano-romana: luego la literatura española es hija de la latina: Séneca y Calderon, Marcial y Quevedo son hermanos carnales. En el imperio musulmán español existe una literatura, por cierto muy brillante y digna de ser tenida en cuenta por nosotros sus descendientes, como existe otra literatura en el imperio musulmán de Oriente con igual carácter en los siglos VIII, IX, X y XI. ¿Pero y qué tiene que ver esto con la literatura provenzal? Nada, absolutamente nada. ¿Y por qué? ¡Ah! Esa es precisamente la cuestión. Aquí nos toca decir aquello de la Sibila de Cumas:

Sed revocare gradum, superasque evadere ad auras
Hoc opus, hic labor est.

En responder satisfactoriamente á esta pregunta está el *busillis*, el *quid* de la dificultad, el nudo gordiano que es preciso deshacer y no cortar. Entre mil pruebas extrínsecas, y por decirlo así objetivas y sensibles, y entre las que figuran en primer término las pruebas históricas, tema del actual y siguiente artículo, se nos ocurre una especial, sacada de la materia misma que nos ocupa, prueba intrínseca como dicen los retóricos, y que nos atreveremos á calificar de original, por no haberla ni visto ni oído en parte alguna. Quien haya analizado con algun detenimiento los elementos subjetivos que entran en la formación de la literatura arábiga, y en general en todas las literaturas orientales, habrá descubierto al pronto que el sentimiento y la imaginación son las fuentes naturales y casi exclusivas de las creaciones que se manifiestan en estas literaturas.

Esas manifestaciones diversas, aunque análogas y unidas entre sí por un lazo común del entendimiento humano; esas múltiples ramificaciones que parten del tronco de nuestra alma y revelan de mil modos su existencia; eso que nosotros llamamos alternativamente inteligencia, razón, juicio, gusto, fuerza de concepción etc., etc., suele echarse de menos en las literaturas de que hablamos. Nada de particular tiene esto, si se considera que de todas las facultades de nuestra alma, la sensibilidad admite mas pronto y fácil desarrollo, y si se atiende que en los países de gran vida y vegetación, cuales son los países orientales, las cosas morales é intelectuales se desarrollan á compás de las físicas, merced á una série de causas topográficas, que no hay para qué enumerar, y que no solo activan y aceleran este desarrollo, sino que lo precipitan y arrebatan.

Se dice, y con verdad, que tienen en Oriente los árboles y las plantas elevadísima y frágil estatura, y que el brillo de las flores es temprano y deslumbrador, aunque artificial y rápido; y se dice tambien que bajo un cielo siempre puro y un sol siempre fecundo y vivificador los hombres nacen todos poetas y todos ricos de sentimientos é imaginación. La vida de unos y otros es corta, aunque hermosa y brillante; es el tránsito del metéoro durante una noche de tempestad. Mas esa elevada y temprana estatura de los árboles y de las plantas, ese brillo artificial y rápido de las flores, ese crecer arrebatado del entendimiento humano, son señales inequívocas de debilidad é impotencia. Una elevada estatura es seguro índice de debilidad intelectual.

Y en verdad que sí. El precipitado desarrollo de la inteligencia

humana, análogo en Oriente al de los seres físicos, se convierte todo y desde luego en una fuerza especial, la fuerza del sentimiento; fuerza que fecunda la imaginación y la desarrolla á su vez, y que concentra y absorbe en sí todas las demás del hombre. Mas esta fuerza, que no es otra que la poética, comparada con la que resulta de la unión de las demás fuerzas intelectuales que acabamos de enumerar, y cuya acción apenas se nota en las literaturas orientales, mas que fuerza real y efectiva, es impotencia manifiesta, señalada debilidad. La robustez de una concepción humana, sea cual fuere, depende del justo equilibrio de las fuerzas que la producen: y por consiguiente, cuando este equilibrio está roto, todo lo que una de ellas se lleva, es en perjuicio de la otra, y nunca podrá contrarrestar la que quede en disminución á la que recibe el aumento. Nunca por lo tanto podrá influir la fuerza vencida sobre la vencedora. Esto mismo há lugar en las literaturas de Oriente. En ellas nunca se encuentra ese equilibrio necesario de las fuerzas, y si se halla con lamentable frecuencia el predominio de una sola, de la imaginación, que ya hemos dicho originada por una excrecencia de sentimiento.

Y si esto es cierto; si nosotros no nos negamos á reconocer que en el orden físico como en el moral é intelectual, un temprano é injustificado desarrollo es indicio de debilidad de existencia y presagio de muerte; si lo es tambien que las manifestaciones de semejante desarrollo, aunque ricas y esplendorosas, serán frágiles, impotentes y enfermizas, ¿cómo pretender que estas manifestaciones efímeras, cual relámpago que cruza el horizonte, ejerzan su acción, ora próxima, ora lejana, sobre otras manifestaciones del espíritu humano? ¿Cómo pretender que una fuerza intelectual sola, aislada, independiente, cual es en estas literaturas la fuerza del sentimiento individual, de la imaginación fecunda, pero libre, caprichosa, fantástica; cómo pretender que esta fuerza obre sobre ajenas mentes de un modo tan sostenido y eficaz como la fuerza, por decirlo así, resultante de la concentración en una sola de las demás fuerzas intelectuales? ¿Una literatura que nace en un suelo especial como todas las literaturas, que vive como las plantas de la sávia que este encierra en su seno, que aspira su aire y bebe su luz, y crece y se desarrolla con los rayos de su sol, ú opaco ó brillante, y que además tiene tal carácter de sucesión rápida, insegura y vacilante, que no le permite dar á sus producciones el tiempo de aclararse, de purificarse al crisol de la crítica y constituir un cuerpo de doctrina; una literatura que camina caprichosa á merced del primer viento sentimental que sopla, del primer viento que toma una imaginación fecunda sí, pero libre y desenfrenada; que corre ligera y esbelta como la gacela que vaga por el desierto, y se pierde en los mil enredos de un inmenso laberinto, y nunca se posa para descansar; una literatura que tan voluble y coqueta existencia atraviesa; que forma su miel de las variadas flores que ornan su pensil, ¿qué influencia puede ejercer sobre cualquier otra literatura? Ninguna. Su misma rapidez de sucesión, su misma variedad de movimientos, hará sí que cree géneros nuevos y análogos á su carácter é inclinaciones, y especialmente al desarrollo limitado que en ella adquiere la inteligencia; por ejemplo, la anécdota, el cuento, la parábola, la fábula ó apólogo etc., etc. Y la natural tendencia que tiene el hombre á servirse de ajenos como de propios elementos para su trabajo de progresión intelectual, hará tambien que procure asimilárselos por medio de la imitación. Pero de esto á decir que esa literatura tiene fuerza y virtud bastante para influir sobre otra y estamparse en ella como sobre una piedra litográfica hay gran de, inmensa distancia que nosotros no queremos salvar.

Y esta es precisamente la inmensa distancia racional y filosófica que salvan los que arbitrariamente aseguran que en la literatura provenzal, como en tersa luna veneciana, se refleja limpia y hermosa la brillante imágen de la literatura de los árabes. Nosotros antes que se nos escabuliese en medio de las mil ideas que en apoyo de nuestra opinión, contraria á toda influencia y reflejo recíprocos de las literaturas, bullen en nuestra mente, hemos querido apuntar esta y dejarla terminantemente consignada. En caso de admitir influencias, cosa á la cual no nos hallamos de ningún modo inclinados, no sería seguramente la de la literatura oriental la que nosotros admitiríamos.

Pasemos ahora á las razones puramente históricas. Fijémosnos, que ya es tiempo, en el imperio musulmán español. Veamos cuál es su estado político, cuál su estado literario, cuál su estado moral, y sobre todo establezcamos fechas, deslindemos los tiempos, aclaremos las circunstancias, y procuremos indagar si existen, como se ha supuesto, entre los árabes de España y los trovadores de Provenza esa série de relaciones íntimas y continuadas, origen de las influencias literarias de los primeros sobre los segundos. Dos fases ó períodos distintos nos ofrece la literatura arábiga-española. Hállase comprendida la primera faz entre Abderraman I, preclaro fundador de la dinastía Bem-Omeya en el suelo de Andalucía, y el ilustre Almanzor, en el verdadero califa decayente imperio de Hixem III. Y corren los sucesos que abraza

este período entre los años 736 y 1002. El tiempo que media entre 1246 y 1492, es decir, entre la fundación del reino de Granada por la reunión en uno solo de los restos dispersos del imperio musulmán, y la toma de esta ciudad por los reyes católicos, constituye el segundo período de la literatura hispano-árabiga, que llamaremos literatura árabe-granadina, como pudiéramos llamar á la otra literatura árabe-cordovesa.

Hixem I, Abderraman II, Abderraman III el grande, Alhaken II, y el bizarro Almanzor, descendientes todos menos el ministro de Hixem III de la gloriosa dinastía de los Omíyadas de Oriente, que habia dado catorce califas al imperio, son los príncipes cuya gran significación moral, religiosa, política, y literaria, y artista constituye y resume en sí la civilización hispano-musulmana.

Cómo se desarrolla esta civilización, con qué elementos y cuál es en particular el estado de las letras árabigas bajo los reinados de los príncipes cuya dinastía Bemi-Omeyya se extiende al través de los siglos VIII, IX, X y primeros años del siglo XI, es lo que diremos después. Lo que ahora nos importa dejar sentado es, que mal podían existir esas pretendidas relaciones internacionales entre dos países asaz distantes uno de otro, y en los malos siglos de la edad media, en esos penosos y difíciles siglos que la historia ha calificado de siglos de hierro. Nosotros convenimos en que si hubiese habido en aquella época telégrafos aereo-eléctricos, podían haberse mutuamente comunicado estos pueblos sus reciprocas ideas. Mas no existiendo por desgracia tan fácil medio de comunicar simpatías y antipatías internacionales, claro es que cada uno de ambos pueblos debió permanecer tranquilo en sus hogares: y la importancia de esta observación sube de punto considerando, por medio de la historia, cuán malos eran los tiempos que á la sazón corrían para provenzales y españoles cristianos, que no hallaban á la sazón otra acogida por parte del desapiadado musulmán que la poco benévola que les hacia la cimitarra pendiente á su cintura.

Esto lo decimos nosotros por primera vez, y deseamos que se tenga muy en cuenta para lo sucesivo: resuelve de un golpe la cuestión de las influencias internacionales. Mas nos cansamos en valde, y perdemos, como decirse suele, pólvora en salvas. ¿Son coetáneas ambas literaturas en su primer período? No seguramente.

Indica Mr. Raynouard, y las palabras de este sábio crítico francés nos merecen el concepto de evangélicas, menos en lo que se refiere á nosotros los españoles, que el primer indicio científico, el primer monumento escrito de la literatura provenzal, es un poema que lleva la fecha de los primeros días del siglo XI, del año 1001. Ningun documento anterior á este poema se nos aparece en la literatura de que hablamos.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XI.

LOS MONJES DE MATAJANA.

Bueno será que á fuer de discretos, nos abstengamos por ahora de seguir la pista á nuestros dos personajes, y que deslizando por los vientos, á falta de Hipógrifos y Pegasos, vayamos á dar con el cuerpo y alma de los que seguirnos quisieren al fin de un solitario vallecito, en la confluencia de las vertientes de unas humildes colinas, parte de las cuales forman la cordillera de alcóres, que corta este país de E. á O. y que desciende con flexibles ondulaciones desde las elevadas campiñas de Villalva y Montealegre. Una vez asentada la planta en aquella silenciosa pradería salpicada de morales é higueras, con sendos grupos de negrillos, fresnos y otros árboles silvestres, entre cuyos confusos intervalos serpea un sosegado riachuelo, cuyo nombre de seguro no conocerían Estrabon ni Ptolomeo, besando con sus abandonadas linfas cierto pórtico de góticas apariencias; una vez aquí, repetimos, nada mas fácil que sentarnos á descansar al pié de unos altos y berroqueños muros, en tanto que sonoras y no distantes campanas hacen oír el tañido de la oración por los penados del Purgatorio. El sitio tiene algo de agreste y misterioso. Las sombras de la noche le prestan con su incompleta oscuridad cierta perspectiva de vaga y poderosa impresión. Allí no se experimenta el terror del desierto, ni la pavorosa

peligro. Tiene aquella soledad una influencia íntima y dulcemente severa, que infunde al par respeto y confianza, que hace una mezcla de pavor en los sentidos y de sentimiento en el ánimo. Luego esos acentos tan sentidos y profundos del acompasado bronce, que parecen evocados del fondo de las tinieblas, y que espiran en los aires como un lamento incomprendible de la soledad, contribuyen á crear en la comovida fantasía esas imágenes de vapor y arcano, que aprendemos con los cuentos de la niñez, que nunca mas se borran del espíritu, y que al impulso del sentimiento toman múltiples formas en nuestras horas de abandono é idealidad.

A poco que el viajero sentado sobre el marchito césped se hubiera entregado á esta ó semejante contemplación, según la mas ó menos poesía de su espíritu y la mayor ó menor delicadeza de su organización para las impresiones, habria salido del arrobamiento al ruido que por una de las sendas venian haciendo los impacientes pasos de poderosa mula, en cuyos lomos caballero se contoneaba un reverendo padre de la ínclita y cisterciense orden, si no miente la visual. Calado hasta las cejas el espacioso capuz, y envuelto en su ancha y tupida hopalanda, no tardó en llegar á la maciza y terrada barrera del pórtico, anunciado por el rumor desapacible que su bestia levantaba al sentar el vigoroso callo sobre las hojas secas que entapizaban el valle cual móvil y tristísimo sudario de la naturaleza inerte y desolada. Dos ó tres palabras articuladas en determinado sitio de la puerta y con tono muy bajo y expresivo fueron la fuerza mágica que franqueó aquel encantado rastrillo, que se volvió á cerrar sin ruido ni violencia detrás del recién llegado. El observador habrá creído probablemente que esto no es de todo punto natural, y que quien así llega y se anuncia y se introduce es algo menos que dueño de aquella sombría morada y algo mas que huésped de su incógnito propietario y habitador.

Y cuando vea por distinta vereda entrar en el valle otro hijo de San Bernardo, ginete en un bien trazado morcillo, cuyas inflamadas narices y descompuesto trote anuncian que no ha caminado á espacio ni á placer, cuando le vea junto al postigo del riachuelo contener el ardiente aire de su cabalgadura; cuando le oiga murmurar iguales sonidos, y le mire representar idéntica pantomima, y le perciba entrar como el anterior... entonces podrá bien ser que nuestro caminante crea que aquel vasto edificio es un convento, y que aquellos frailes son hermanos en Cristo que acaso salieran sin el benedictine del intolérable prelado, y tornan sin ser vistos ni oídos á la hora del simpático y edificante de profundis.

Algun escocor pudiera moverse en la mente del observador, alguna duda dejar en su conciencia contra el último ginete, la circunstancia del resuelto y airoso jaco, y una cosa á modo de prolija espada que imaginó ver asomar por bajo del espeso y flotante ropaje. Sin embargo, los tiempos corrían tan trocados y azarosos, que bien podia el monje trocar la pausada mula por el animoso cordobés y llevar consigo en vez de bendiciones para conjurar los malos, una buena pieza de Toledo, con que defender la salud del cuerpo, para no arriesgar la del alma en algun mal encuentro con diablos de carne y hueso, de espidarga y balleston.

Aun con esta benévola interpretación hubiera podido pasar el caso por bueno y santo, si por uno de los ángulos de la cerca no desembocase otra sombra del mismo talante y monástica decoración, mas con la inocente diferencia de que al volver la brida con demasiada rapidez, murmuró un «cuerpo de Dios!» lleno de bizarro desembarazo, sin duda porque su formidable potro puso mal una mano, y le hizo rozar contra el esquinazo la siniestra rótula, que halló demasiado dura la sillería puesta en contacto de su no reducida humanidad.

Esta inacabable sarta de nocturnos viandantes era para dar fondo á la paciencia mas copiosa. Nuestro amigo, que no la tenia muy evangélica, echó al traste lo poco que restábase de ella, y pidiendo á Mariblanca su poderoso auxilio, se halló como llovida del cielo una estupepanda cogulla, debida sin duda á la protección y blando pecho de la Proto-bruja de Barahona y del Naranjal. Calóse al punto aquel vestisimo receptáculo de anascote, y acercándose á la imponente puerta, se halló á tiempo de oír las misteriosas frases que domeñaban al desconocido Cerbero, pronunciadas por el prójimo del juramento, con mas entonación y menor cautela de las que parecia requerir el caso. «Abatire á los soberbios y ensalzare á los humildes,» dejó articular el ahijado de la archi-maga en mediano latin, y después á poco rato y en castizo romance: «Padilla y Giron por Castilla y Leon.» Y el mal humorado platicante desapareció con impetu por bajo del cancel, sin cuidarse siquiera de volver la vista en torno de sí.

Ahora pues, nosotros tambien tomaremos el hábito de Claraval, y á la par de nuestro viajero llegaremos al dintel y pronunciaremos con voz grave y semi-tónica: «Abatire á los soberbios, y ensalzare á los humildes.» Y como de la parte interna nos responde un acento pausado y confuso «Padilla y Giron...» concluyamos la frase inmediatamente «por Castilla y Leon.» El postigo cede; un fraile nos pone un puñal al pecho, y busca á la luz de una linterna sorda en nuestro ca-

pisayo cierto signo que la protectora bruja venturosamente había curado de colocar en él.—Y hétenos aquí ya dentro de un anchuroso patio sombrío y silencioso, circuido de altas paredes, en una de las cuales el débil resplandor de confusa lámpara determina cierta poterna ojival, sobre la que desemboca un estrecho y dilatado pasadizo. Entraremos en él como único punto de dirección, y á su dudoso término hallaremos mezquina escalera, que ascendiendo en incómodos tramos, evacua sobre elevada meseta. Allí dos encapuchados hermanos vendan nuestros ojos, y por la mano con mil curvas y rombóides condúcenos, sin decir esta boca es mía y á su entera disposición y albedrío. Por fin arrancan la tupida venda, y encontramos ante nosotros una excelente cámara, que desde el punto dejó percibir la opulencia y refinamiento monacal. Sorprendidos del espectáculo nos acurrucamos entre un alfáizar cubierto de rica tapicería flamenca, y desde aquí observaremos lo que pasa y ha de pasar en la escena, que la suerte entrega á nuestra curiosidad, puesto que no nos tocó, ni deseamos en ella mas aventajado papel.

—¿Cómo que tardan D. Pedro Lasso, Alonso de Vera y el personero D. Pedro Giron!

Estas fueron las primeras palabras que escuchamos desde nuestro observatorio, y fueron pronunciadas por uno de los encogullados que ocupaban la estancia, y que no tenía grandes trazas de monástico y arrepenido siervo.

—Aun no hace media hora que sonaron las ánimas, y no hay por qué impacientarse, caballero Avalos.

Tal fué la respuesta de un anciano religioso, que sentado tranquilamente á una maciza mesa, hojeaba unos mamotretes que por ella estaban entre otros varios esparcidos.

—Sin embargo, repuso cierto mozo de bizarro mostacho y fulminante mirada, todo puede temerse de un momento á otro en estos turbados días, reverendo y carísimo padre abad.

—Tened confianza en el Dios que protege las buenas causas, señor de Padilla, y recordad que la nuestra está escrita en el cielo y sellada con la cruz.

—No olvideis empero que estamos muy cerca del almirante, y que suelen sus corredores merodear por estos pueblos. ¡Sería donoso que nuestros amigos hubiesen venido á dar con algunos de esos bandidos con patente imperial!

Quien con tanto enfado se explicaba era sin duda el Hércules caballero del potro cuatralbo, que con tanto gracejo se daba al diablo en su arribo á las cercas del monasterio.

El almirante se dará por muy servido en que le dejemos rezar kiries y pater noster.

—Y maquinar como un energúmeno, querido Hernando, repuso el bizarro jóven, á quien con tanto miramiento habló antes el abad. No conocéis á ese viejo, con piel de cordero y corazón de tigre.

—Yo mas bien le miro como un enorme zorro, con uñas de cernicalo y plumas de avestruz.

Unisona y espontánea carcajada siguió á esta pintoresca descripción en casi todos los que allí departían variados y ardientes coloquios.

El abad, no obstante, mantúvose cuando menos indiferente.

Y Padilla tampoco se manifestó susceptible á la jovialidad de sus alegres y poco aprensivos compañeros.

Aproximóse á la mesa del prelado y entabló con él particular y grave diálogo.

A su vez los mas jóvenes de aquel misterioso ayuntamiento hicieron círculo, como si estuviesen en el mas festivo y seguro estrado.

—Oyes, Guzman, decía uno de ellos con malicioso donaire, ¿sabes que si tiras por la iglesia tienes talante de episcopar?...

—¡Sándiol! ¿no ves que la espada se le está escapando por bajo de los sayales, y que aquella enlutada niña no ha nacido para velar su talle con el adusto y tenebroso monjil?

—Sí, sí... andaos con escrúpulos de beato asustadizo, amigo Montoya... Como si no hubiera capisayos ceñidos con tabali y hopalandas que se aproximan á los briales profanos con mas énfasis que á las gradas del facistol!...

—¡Ya escampa, y diluvian guijarros!... Tengo de recomendaros, amados mancebos, al M. R. obispo Rojas, y al no menos edificante Fr. Antonio para la primera plaza vacante en el potro del Santo Oficio.

—¡Hola... hola!... ¿Tambien tú sabes algun capitulo de la crónica del Venerable?

—No mucho; pero lo bastante para escribir unas endechas que le hagan conocido y honrado desde la frente hasta los pechos.

—Diz que el padrecito es travieso y quebradizo, y que no tiene todo lo de San Antonio.

—¡Bah!... En punto á tentaciones puede dar quince y raya al santo anacoreta.

—¡Pobre almirante! El siempre espiritándose en ternezas con los hijos del seráfico, mientras el amado siervo... pero me olvidaba del abad, que si me oye, me echa una paulina á candela encendida.

—En esa parte creo que el astuto coronista de las imperiales fechorías gasta la pólvora en salvas.

—Por supuesto. Doña Ana prefiere los mostachos y las botas de cuero al cerquillo y las sandalias.

—Hay quien opina no ha olvidado ciertos y muy históricos amores de sus primeras mocedades.

—¡Qué sé yo!... El frailecito es mozo de punta... y Dios nos libre...

—Cuando te digo, Montoya, que la condesa tiene mas que pensar que en los anfibios galanteos de su paternidad... Solamente una vez lo he visto: pero desde luego afirmo que hay algo extraordinario y misterioso en aquella mujer.

—Se cuentan de ella tantas y tan singulares circunstancias!...

—Hay alguien que intenta punto menos que canonizarla en vida.

—Sí!... reza el calvario, y se confiesa por semana, y funda conventos á destajo... mas el hábito no hace al monje.

—Otros en cambio la miran como una especie de Sibila, como un ser incomprendible, cual sombra perdida entre una atmósfera de misterio y de vapor sombrío y desconocido.

—Ciertamente: hay en su belleza cierto sello extraño, cierto colorido que no es comun en el mundo, y que inspira un no sé qué en el alma semejante al influjo de fatídica fascinación.

—Nuestro amigo D. Pedro pudiera decirnos algo sobre el particular.

—Más acaso de lo que él hubiera podido apetecer. ¡Pobre duquel!...

—Por cierto que ya es raro no se halle entre nosotros!

—En Tordehumos permanecía hoy.

—Bien: de allí á Matallana son cuatro leguas de páramo; y D. Pedro tiene buenos caballos y mejores espuelas.

—Y un génio como el relámpago.

—Debiera pues estar aquí.

—Su ausencia es una circunstancia de gravedad.

—Descuidemos. No dejaré de haber á todo trance razon suya por mal ó por bien.

La puerta de la estancia se abrió rápidamente, y apareció tras el tapiz, descorrido por vigorosa mano, un caballero armado en cuyo pecho se ostenta el blasonado escudo de Giron.

Todos los circunstantes se fijaron en el recién llegado.

—¡El conde!... exclamaron Padilla y Fr. Pablo, con uniforme movimiento.

—¡El conde de Uruña!... repitieron á coro los demás interlocutores.

Esta aparición parecia la respuesta á la profética frase que aun susurraba por las bóvedas de la celda.

—El conde!... repitió el anciano, y se adelantó con paso firme y noble continente hasta el centro de la cámara.

El reloj del monasterio marcó la media noche con lentas y pavorosas campanadas.

(Continuará.)

EL AMOR.

DIFERENTES MANERAS DE CONSIDERARLO.

Hay quien llama al amor río
que corre apaciblemente,
y hay quien le llama torrente
como los mares bravo.
Si uno demonio le nombra,
otro le llama ángel bueno;
si este lo compara al cieno,
aquel de Dios á la sombra.
Y es al fin el tierno amor,
ángel, demonio, luz, cielo,
fuente, perla, mar, consuelo,
llanto, aroma, brisa, flor.

Muhaffkhir khatghojjllmkkh. --Poeta
ruso de gran nombradía.

¡Oh tú, tierno amor, niño mimado de los dioses, hijo de la reina de la hermosura, señor despótico del universo, nieto de la espuma del mar, héroe forzoso de todo poema, tema obligado de toda conversacion entre jóvenes, condicion precisa de los enredos, situaciones y desenlaces cómicos y dramáticos! ¡Oh tú, en cuyos altares está continuamente quemando incienso y depositando ricas ofrendas la mas bella mitad del género humano! perdóname si en este momento me atrevo á hablarte sin miramiento alguno, y no castigues mi osadía hiriendo mi corazón con una de esas agudas flechas con que te encuentras armado, las cuales lanzas sonriéndote como gozoso de los males que haces sentir.

Grande es tu poder, oh amor! Por tí el poeta bucólico desea pasar la vida tendido á la márgen del arroyo, viendo bailar á las pastoras y pacer á los ganados; por tí, el escritor romántico, por dichoso que sea, pretende envenenarse; por tí, el filósofo mas cristiano se olvida de

moralizar; por tí, el viejo octogenario se pone peluca y murmura dulces requiebros; y lo que es mas todavía, por tí el matemático profundo se distrae de sus cálculos, siendo capaz de confundir la base de un prisma con la cúspide de una pirámide. ¡Oh dulce amor! por tí la mujer fea malgasta su vida en seis horas diarias de tocador, pretendiendo despues engañarle con la hermosura del barniz que ha derramado en su rostro; por tí, la vieja repugnante finge unos negros y sedosos cabellos, una dentadura de marfil, un cuerpo esbelto y un cutis del color de la nieve con ribetes de amapola; por tí, la hermosa jóven se vuelve coqueta y presuntuosa, y arruina á su familia con el afan de lucir ricos trajes; por tí, el mas eminente político desciende de su sillón ministerial para convertirse en un elegante pollo; y por tí, finalmente, el diputado á Cortes olvida sus mejores discursos, el estudiante arroja con desdén los libros, el empleado mas exacto llega tarde á la oficina, el periodista escribe un artículo ministerial creyendo hacerlo de oposicion, la mujer mas casta olvida sus deberes de madre y esposa; y todos, todos los miserables mortales bajo el dominio del niño alado olvidan sus diarias tareas, sienten trastornado el cerebro, y ofrecen al hombre indiferente que se rie contemplándolos, el espectáculo del ridículo por el lado mas sublime. El amor y el dinero son los únicos móviles del hombre; si bien es cierto que solamente con palancas tan poderosas podría removerse ese monstruoso pedazo de materia organizada que se llama *sociedad*.

¡Oh niño hermoso! muchas son tus malas cualidades! Tú engendras la discordia en el seno de las familias; tú enciendes la pasión de los celos, tú haces perder la paciencia y ganar una pulmonía al jóven que aguarda en una noche de enero la hora de la cita; tú obligas á vivir en continua alarma al infeliz esposo; tú das valor á la mas virtuosa doncella para huir con el amante de la casa paterna; y tú, en fin, conviertes en estúpido á todo el que tiene la desgracia de caer en tu poder, pues al pintarte con la venda en los ojos han querido representar en tí el emblema de la ciega ignorancia en su grado mas heroico.

Pero ya basta, dulce Cupido; escucha á los hombres, y reflexiona sobre los diferentes juicios que han formado de tí.

Aquel jóven alto y delgado, de ojos azules y larga cabellera, vestido de luto, que va fumando desdenosamente un cigarrillo de papel, y se detiene á cada momento para dirigir al cielo una de sus mas espresivas miradas, es un poeta romántico que está pensando de tí lo siguiente:

«¡Amor! ¡Sentimiento sublime que eleva al hombre á la altura de la divinidad! ¡Lazo indisoluble con que se unen dos almas grandes! ¡Oh amor, guía de los hechos heroicos, tu imperio durará eternamente! El no puede morir mientras existen en el universo seres nobles.»

Aquel otro que va marchando paulatinamente, vestido con todos los colores del iris, sonriendo dulcemente, y que lleva las dos manos cruzadas sobre su abultado vientre, mientras que brilla en un ojal de su larga levita una guirnalda de variadas flores, es un poeta bucólico que va hablando de tí de esta manera:

¡Amor! ¡Dulce sentimiento que recrea el alma abatida! Él es bello como el ser que nos le inspira, caprichoso en sus gustos como un niño ruiseño y juguetón, como una pastora inocente, blando y apacible como el manso rumor de la arboleda! ¡Amor! Puro y sosegado arroyo á cuya márgen descansa el hombre fatigado, volviendo á seguir despues el sendero de la vida, mas alegre y mas dichoso por haber bebido de sus aguas y haber gozado del perfume y frescura que las auras esparcen por sus quillas.

Aquel jovencito, vestido con la mayor elegancia, que va aspirando grandes bocanadas de humo de un magnífico cigarro de Kentuky superior, y lleva sobre su nariz unos elegantes lentes, mientras que brilla en sus labios una sonrisa irónica, jóven presumido que va mirando sin cesar sus botas charoladas y azotando su pantalón con el delgado junquillo que le sirve de bastón, en tanto que hace todo lo posible por retorcerse el bozo á que él llama bigote, ese es un escéptico que va murmurando de tí de este modo:

«¡Amor! Palabra que de nada sirve, puesto que representa lo que jamás ha existido. Felices los que como yo han tocado el desengaño de esa quimera! Dame una mujer tan ardiente como Safo, tan hermosa como Elena, tan constante como Lucrecia, y ni aun logrará conmovirme. ¿Creeis, almas cándidas, que en el mundo pueden unirse dos seres sin otros lazos mas que los de la simpatía? ¡Imbéciles! Solo un sentimiento existe que es el del egoismo. Ese es el único vínculo con que se encuentra ligada la especie humana, vínculo que será tan duradero como el mundo.»

Aquel personaje de cincuenta años de edad, con cara de comerciante y aspecto bondadoso, que lleva en la mano un grueso bastón de caña de Indias y gasta peluca, es todo lo que se llama un hombre de mundo. Hé aquí lo que va diciendo de tí:

«¡Amor! Bonita palabra de la que un hombre de talento puede sacar mucho partido. El amor es sin disputa uno de los medios mejores

de hacer fortuna. ¡Amor! Dorado juguete que se arroja á los piés de algun tonto para engañarle y entretenerle y poder sacar de él el partido que se desea.»

Ya ves, oh caro amor, las diferentes opiniones que han formado de tí los hombres. Si quieres saber la mia, yo te diré que te aprecio y respeto, porque tú eres el fundamento de los planes literarios, y porque sin tí no podrian existir ni las comedias, ni los poemas, ni las novelas, ni aun siquiera las zarzuelas españolas y vaudevilles franceses ¡Oh amor! sin tí ningun país tendria literatura.

Por lo que hace el profesar tierno y sublime afecto á las lindas jóvenes, es perder el tiempo lastimosamente. Téngase siempre presente, como yo la he tenido, esta máxima de cuya veracidad no puede dudarse, puesto que es de una mujer hábil, conocedora de las flaquezas de la hermosa mitad del género humano.

«Las mujeres se sirven del amor por cálculo, como de una moneda universal para comprar el fausto, el lujo, los placeres... Pero si hay alguna vez dos seres capaces de sentir un amor verdadero, ó no se encuentran nunca, ó se encuentran en la vida colocados de dos en dos; separados para siempre cada uno por otra persona intermedia, y en su defecto por las leyes de la sociedad, que hace consistir la virtud en las apariencias; que no condena á la mujer que se vende por vanidad al hombre que compra por capricho; que absuelve las uniones culpables en que no toma parte el corazón; que no consiente jamás el lazo divino de dos almas puras, creadas para amarse, separadas por las preocupaciones del mundo.»

VICENTE RODRIGUEZ VARO.

ULRICO DE ANDUZ.

En uno de los últimos dias del mes de octubre del año pasado comí en la fonda del Luxemburgo, en Nimes, con un amigo que me contó muy estensamente las aventuras de su compatriota Ulrico de Anduz. Vínoseme aquella narración á la memoria una tarde de estas, en el boulevard Italiano, porque hacia mucho calor, y nuestros elegantes del café de París regaban airosamente el suelo con garrafas heladas á 20 gr. por bajo de cero.

Ni el calor ni el regado tienen que ver nada con mi cuento; pero la memoria necesita de estas tranquilas para ponerse en juego. Mi historia es histórica, contra la costumbre de las historias. ¿Qué mas quisiera yo que haberla inventado? ¡Felices los que inventan, pues de ellos es el reino de la mentira!

A la sombra de los hermosos árboles de la *Fontaine*, ese delicioso paseo que Nimes venderia á Paris en cien millones, si Paris pudiera comprárselo, en una fresca tarde, al ponerse el primer sol de junio en el horizonte del Ródano, algunas familias de ricos holgazanes bajaban libremente delante de los baños de Diana, solitaria ruina embalsamada de romanos perfumes. Dos jóvenes conversaban entre sí separados de una reunion de señoras, á la que al parecer pertenecian. Llamábase el uno Ulrico de Anduz, y el otro Durand, como casi todos los de Nimes.

Ulrico de Anduz, natural de las Cevenas, habia recibido una educacion de esas que llamamos incompletas; no habia conocido nunca el colegio real, ni pagado á la universidad su infantil tributo. Educado en la mansion paterna por un profesor complaciente, recibió sus lecciones á orillas de los arroyuelos y bajo las encinas de los bosques. Al cumplir los diez y seis años el jóven estudiante, hizo el profesor su dimision en manos de M. Anduz padre. Aprovechó Ulrico los retazos de griego, latin y francés que su maestro le habia dejado como por descuido para entregarse á estudios solitarios que servian de embeleso á sus ócios. Leyó mucho y meditó profundamente. A los veinticuatro años de edad, dueño ya de la herencia paterna, resolvió abandonar sus montañas para conocer las ciudades, y entró por primera vez en la sociedad con un corazón nuevo, una independencia de montañés, un tesoro de pasiones vagas, una educacion ruda barnizada con la lectura de los poetas, un alma generosa y noble en un cuerpo bien esculpido. Habiéndole encontrado en Nimes su maestro, le dijo: «Sois un buen mozo, hijo mio; *sed manent vestigia ruris*.

—Con que te has casado? decia Durand á Ulrico; te doy la enhorabuena...

—No; pero me casaré dentro de ocho dias; respondió Ulrico.

—Parece que has suspirado.

—¡Qué, amigo! mio es mi costumbre; yo suspiro siempre. ¿Qué quieres? un matrimonio es un negocio. Hoy hemos estado en casa del notario.

—Los preliminares del matrimonio son divertidos, ¿no es verdad?

—¿Qué preliminares?

—Hombre, el notario, las compras, los regalos, las amonestaciones... qué se yó!

—¡Ah! sí: todo eso es muy divertido: cuatro horas nos ha tenido el

notario delante de su bufete, y al fin no hemos podido firmar hoy el contrato; faltaba un documento: siempre falta un documento! El suegro es un antiguo fabricante forrado en badana como su libro de caja; hombre millonario, que mueve un pleito por veinte reales; porque la cuenta es cuenta, dice él; yo por mi parte tengo la hacienda de San Hipólito, que no está libre, según dicen de sus hipotecas legales: tres horas me han estado rompiendo con la palabra hipotecas este oído derecho que presté al notario para economizar el izquierdo. Hipotecas! Hipotecas! He enviado un correo á San Hipólito para pedir á la contaduría un certificado de descargo. Mi suegro el señor Chartoux no quiere hacer nada hasta que venga ese papel. Qué diablos! él sabe muy bien que tengo treinta mil francos de renta; y además, señor, yo no le pido nada para su hija: él es el que se obstina en quererme dar cien mil francos. Que guarde sus cien mil francos y que me dé á Myrrha.

—Con que se llama Myrrha tu futura?

—Se llama Margarita; pero es un nombre que no se acaba nunca; se queda uno sin respiración para pronunciarlo. Yo la he bautizado con el de Myrrha, que es la Margarita de los babilonios. El diablo cargue con los suegros, las suegras y los notarios! Esas gentes derraman la nieve á cántaros sobre todas las cosas de este mundo. ¿Te figuras tú cómo estaré yo delante de esa colección de momias, yo, el hombre de la pasión desinteresada, el artista, el poeta, el loco, si se quiere, que no busca en la mujer mas que á la mujer misma? Yo que no he pedido al matrimonio sino una larga cita en que poder hablar de amor con seguridad y sin ver sobre mi cabeza todas las espadas de Damocles que suspenden la intriga sobre la cabeza de los enamorados. Al lado de mi diosa, amor todo y poesía, pendiente el alma del bordado de su vestido, de los rizos de sus cabellos, alto ahí! me grita ese suegro; venga el certificado de las hipotecas legales. Es como si el polo se me viniese encima.

—Pues bien, querido Ulrico, ¿tienes mas que dar ese certificado?

—Sí: eres una pura prosa; no hay mas que darlo; eso está pronto dicho; ¿pero tú no conoces el desencanto que hay en el fondo?

—No.

—¡Tanto mejor!... ¡Oh! mirala cual pasa delante de nosotros Myrrha, cuál se desliza como un rayo de sol! Qué gracioso es ese chal de tul sobre sus hombros! Qué dulce el sonido de su voz que lánguidamente derrama por los aires, para que yo la recoja en mis labios! Ah! déjame que la siga; que ponga mi planta en la huella que ha dejado la suya, que beba el aire que ha respirado su boca. Quiero besar esas ramas que tiemblan todavía con una caricia de sus dedos; quiero espirar de placer en ese rastro que va dejando en la atmósfera, y que ha embalsamado su virginal aliento! ¡Qué tarde tan deliciosa! Esas bellas ruinas, esas galerías subterráneas llenas de sombra y de agua viva, esos antiguos muros en que tiembla la yedra, esos balcones que se estan mirando en la fuente, esos árboles que acompañan á los ruiseñores en su canto, todo sería incompleto y mudo, si un pensamiento de amor no vagase por esas sombras, por esas aguas, por esas ruinas, por todas partes. Sí, yo he visto, yo he sentido lo mismo al contemplar ciertos hermosos cuadros, esos cuadros que no pueden mirarse sin lágrimas en los ojos, sin una sonrisa en la boca y el amor en el corazón. Vense en ellos damas hermosas paseando lánguidamente en terrados de mármol, seguidas de jóvenes caballeros; y una escalinata que baja al lago y á las gondolas, y hermosos árboles por corona redondeados en figura de parasol. Estas encantadoras escenas pasaban en el lago de Como ó sobre el Brenta, ó en Villa-Pamphili, cuando la voluptuosidad con su túnica de brocado recorría la Italia, y cuando ni una sola llama de amor descendida del sol, era perdida para la tierra. Hoy resucitan para mí aquellos muertos cuadros: mi alma se derrite de placer.

—Mira, Ulrico, coge el flanco izquierdo de tu cuadro; el suegro viene tras de nosotros... ya no es tiempo; ya le tenemos encima.

—El señor Chartoux había ya agarrado á Ulrico del brazo.

—Estais seguro, yerno, de que hay en San Hipólito una contaduría de hipotecas?

Quedóse Ulrico como si hubiera caído de las nubes, y con la punta de su bota se puso á hacer cruces en la arena. El suegro continuó:

—Reflexionad, hijo mio: creo que habeis cometido una ligereza; hablando de este negocio me ha dicho una señora... Pero si no hay contaduría de hipotecas en...

—¡Bien! ¡Bien! dijo bruscamente Ulrico; esperemos la vuelta de mi correo.

—Esperemos en buen hora. Pero ya vereis: la oficina de que depende vuestra tierra está en Mompeller ó en Nimes; si es en Nimes, Mr. Bressau es el que tiene que despacharos; él ú otro, yo á todos los conozco. Si es en Mompeller, ¡oh! entonces...

—No le parece á usted que haríamos bien en esperar el correo?

—Enhorabuena; pero siempre es útil hablar uno de sus negocios. Vosotros los muchachos todo lo llevais de tropel; no entendéis una palabra de asuntos; mirais el matrimonio como una diversion, y no hay nada de eso; el matrimonio no es una diversion, hijo mio. Aun-

que un hombre sea rico, vienen los muchachos y lo hacen pobre; hay que comprar un oficio de notario á este; formar un dote á la otra... es un diablo esto de establecer los hijos...

—Todavía no estamos en ese caso, señor Chartoux...

—Lo estareis dentro de cuatro dias... ¡Si supierais cómo se pasa el tiempo! ¡Ah! á propósito, ¿habeis encontrado ese documento?... La fé de muerto de vuestro padre?...

—Pero si mi pobre padre murió en la batalla de Brienne! Eso lo sabe todo el mundo!

—Es muy posible; pero siempre se necesita el certificado. ¿Habeis escrito al ministro de la Guerra?

—Sí; diez dias hace.

—Pues debiais tener contestacion. ¿Ni conoceis á ningun oficial en la secretaria?

—No señor.

—Tanto peor; hubiera sido preciso conocer á alguno...

—Me parece que podría uno muy bien casarse sin todas esas formalidades enojosas...

—¡Vean ustedes lo que es la juventud! pero ¿cómo quereis que celebremos el contrato si nos falta un documento? ¡Vaya! hablemos en razon. Poneos en lugar del notario; apelo al señor Durand: el notario no os conoce...

—El notario me conoce; somos amigos desde la infancia.

—Distingamos: el amigo os conoce; el funcionario público no os conoce; ¿no es esto exacto?

Con este diálogo habian subido el sendero que conduce en espiral á la Torre-Magna. Ulrico no habia escuchado las últimas palabras del señor Chartoux; con sus miradas de artista habia abrazado el magnifico panorama que los moribundos rayos del sol doraban con sus horizontales reflejos. Contemplaba aquella Roma francesa nadando á sus pies en los transparentes vapores de una tarde de primavera. Resaltaba la blancura de los edificios modernos en aquellas sombrías ruinas, ennegrecidas por el volcan sarraceno; en el opuesto limite de la ciudad se levantaba en semicírculo el anfiteatro romano, ostentando sus magnificos restos en medio de las modestas fábricas que lo contemplaban retirados con un santo respeto. Ante la columnata del teatro moderno se inclinaba orgulloso el frontispicio ático de la casa-cuadrada, diamante que un emperador puso á la ciudad gala en el dedo, y que mandó tallar á semejanza de los templos de Augusto en Pola, de la fortuna civil en Roma, de Venus en Veruega. Montañas azules, onduladas como sus hermanas de Tivoli y de Albano, cerraban por la derecha el horizonte, tan fecundas en carreras monumentales, y en manantiales de maravillosas aguas, que en vez de simples acueductos debieran decorar las galerías y triunfales arcos.

Detuviéronse aquellas familias al pie de la gran ruina romana que hoy sirve de pedestal á un telégrafo llamado la Torre-Magna. Contemplaba el señor Chartoux el telégrafo, buscando muy gravemente la solucion del enigma que arrojaban sus brazos convulsivos á las inteligencias del aire. Las damas estaban ocupadas en ver si descubrían las azoteas de sus casas. Durand conversaba con Myrrha sobre la fabricacion de los tejidos de Nimes. Preguntan per Ulrico de Anduz. Habia desaparecido: en vano lo esperaron hasta la noche.

—Seguramente ha visto pasar su correo, dijo el señor Chartoux, y quiere sorprendernos esta noche con el certificado de la contaduría. Vámonos á casa.

Satisfizo esta explicación á todo el mundo, y ya de noche se volvieron á la ciudad.

Pasadas algunas horas, Durand, que buscaba á Ulrico, le encontró delante de las Arenas, que se paseaba melancólico.

—No me preguntes nada, dijo Ulrico. Creo que en este globo que habitamos hay lugar para todo el mundo, excepto para mí y algunos otros. ¿Has encontrado tú el tuyo, Durand?

—Hombre, yo tengo mi casa.

—Sí: tienes tu casa como el peon en el tablero; al menor movimiento caes al suelo sin que nadie te tenga lástima; es un peon, dice todo el mundo.

—Pues yo estoy contento con mi suerte: veo las cosas como realmente son. Tengo una mujer á quien amo tranquilamente, y dos niños que me divierten con sus caricias; de dia trabajo y de noche me paseo.

—Oh! pues tienes una brillante posicion.

—¿Pero tú qué quejas tienes, Ulrico? me parece bastante buena la suerte que te ha proporcionado el destino. ¿Es culpa suya por ventura que en tu edad hayas llegado al fastidio sin atravesar el camino de los placeres? Tú me recuerdas la historia del conde Gerard...

—¿Quién es el conde Gerard?

—Es un caballero del siglo XIII que...

—¡Oh! deja las antigüedades modernas, amigo mio. ¿Qué te parece el señor Chartoux?

(Continuará.)

LETRILLA.

La parlanchina
Doña Serapia
Habla de todo
Sin saber nada;
Y ayer la terca
Me porfaba
Que á la Siberia
Se va por África
Y á Barcelona
Por Salamanca.
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Aunque es mi vista
Bastante mala,
Ni gasto lentes
Ni llevo gafas;
Y ayer creyendo
Ver á mi Juana,
Salió su tia
Que es patizamba,
Y dije tierno:
Adios, salada.
—Si tan derecho
Voy á la cama,
Me tiro un día
Por la ventana.

Un pobre viejo
Que á mí me trata,
Entre sus males
Cuenta el de asma,
Y á cada instante
Suspira y rábia;
¡Y Doña Brígida,
Vieja cascada,
Cree que suspira
Porque la ama!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Tiene Jacinta
Nariz de escarpia,
Boca de lobo
Y ojos de rata,
Cuerpo terrible,
Cuerpo de guardia;
¡Y porque á veces
Se pone maja,
La muy simplona
Piensa que es guapa!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Anda la tierra
Muy trastornada,
Las Maritornes
Se visten de amas,
Y sus señoras
Visten de infantas;
Y adora un jóven
A mi criada
¡Porque sospecha
Que es propietaria!
—Si tan derecho
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

¿Ves á dos grillos
En una jaula

Cómo se muerden
Y se maltratan?
Así las monjas
Tambien regañan (1).
¡Y porque viven
Tan encerradas
Pepa imagina
Que son muy santas!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

V. MARTINEZ MULLER.

EL EMPLEO DE LA VEJEZ.

TRADUCCION LIBRE DE ANACREONTE.

Traviesas, bulliciosas,
me gritan las muchachas:
en este limpio espejo
mira, mira tu cara.
Di: ¿no te encuentras viejo?
¿tu frente ya arrugada
del curso de los años
no da señales claras?
¿Dó estan aquellos bucles
que en ondas por la espalda
cual hebras de oro puro
graciosos fluctuaban?

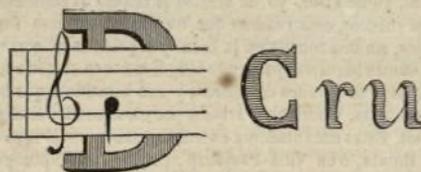
Yo las respondo: hermosas,
són verdades amargas;
pero á mí ¿qué me importa
tener ó no esas galas?

Solo sé que la vida
mientras mas se adelanta,
mientras mas á su ocaso
con paso veloz marcha,
mas debe un pobre viejo
esperar su hora infausta
entre vino y mujeres,
entre fiestas y Janzas.

M. C.

(1) El autor no ha estado en ningun convento, pero se lo ha dicho una exclusiva.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarró.